

de *La Esmeralda* y la sociedad de mis paisanos, y me hice concurrente al Suizo entre la *bohemia* de la gacetilla y de la dramática al menudeo; y allí cobré afición á la disputa, y llegué á distinguirme por una facilidad de palabra verdaderamente espantosa.

Á todo esto, mi padre estaba aturcido. «Hombre—me escribía una vez:—no entiendo bien esas cosas que plumeas; pero no quiero ocultarte que revelan mucho saber; y me asombra lo pronto que lo has adquirido y lo gallardamente que lo derramas. Estos Garcías, á quienes he hecho que lean algo de ello por medio del señor cura, están que trinan, y sostienen que el que lo firma es otro Sánchez, que nada tiene que ver con los Sánchez de mi casa. ¡Qué burros!»

En idéntico sentido me hablaba el cura, y de paso me enmendaba la ortografía de algunos latines usados por mí malamente. De mis cuñados, á quienes enviaba gratis el periódico, solamente el procurador se dió por entendido, y aun por entusiasmado. Me lo demostró en una décima, en estilo curial, que tenía que ver.

En fin, que adonde quiera que miraba y por donde quiera que iba, hallaba el camino sembrado de flores.



XXII

No me conformé con esto sólo: había otro campo en que espigar nuevos y muy sabrosos triunfos, y nadie en mejores condiciones que yo entonces para colarme en él. Este campo era *el mundo*, la *buena sociedad*. Quería seguir las huellas que me dejó trazadas mi predecesor; y cuando lo consiguiera, mis revistas tendrían doble atractivo, y mi imperio se dilataría en casi otro tanto por las regiones del *buen tono*. Ya no era yo el apocado y meticoloso provinciano recién llegado á Madrid á pretender un destinillo que nunca se me daba; que estudiaba en los transeuntes el modo de andar y de vestir á la moda, y estrujando los bolsillos para sacar un puñado de pesetas que no eran mías, adquiría con ellas un contrahecho arreo con qué presentarme, tropezón y balbuciente, entre las gentes ele-

gantes; ya no temía encontrarme con la familia Valenzuela, porque Clara respondía muy atenta á mis saludos, cuando de lejos se los hacía, y á los demás no quería saludarlos yo; vestía á la moda, porque mi sueldo, casi doblado desde que me había metido á crítico, daba para ello; era yo, en fin, un *publicista* que tenía un nombre que sonaba mucho en tertulias y cafés, y amigos y admiradores, y trato de gentes, y soltura y desembarazo para andar por Madrid como por mi casa... ¿Quién, pues, como yo para entrar con planta firme en los empingorotados salones, y aspirar á ser el mimado cronista de sus fiestas y ornamentos?

Y entré, comenzando por aquéllos en que me había presentado Matica meses atrás. Pero me engañaba algo el pensamiento. Delante de los hombres me desenvolvía tal cual; mas delante de las damas desconocidas continuaba siendo un pobre babeioca: me faltaba el pertrecho de ingeniosas frivolidades con que los *chicos* de mundo improvisan un tiroteo de galantes agudezas con una mujer, tan pronto como se acercan á ella; pertrecho que, por lo común, no se adquiere comenzando á buscarle cuando se tiene ya la cara llena de barbas, y se ha pasado el tiempo que queda atrás en los jarales de una aldea. Por for-

tuna mía, estaba allí Clara aquella noche; y viéndome perplejo y desorientado, á Clara me acerqué, como de escala en puerto conocido. No me pesó de ello.

¡Singular naturaleza la de esta joven! Siempre me hacía el efecto de una estatua con voz y movimiento. Costábame trabajo persuadirme de que detrás de aquella piel tersa, mate, verdaderamente marmórea, hubiera nervios sensibles, y arterias con sangre caliente, y un corazón que palpitara como el mío, y un alma que se asomara á aquellos ojos duros, imperiosos, negros; tan negros, que tizne de su negrura parecían las cárdenas ojeras que los circundaban. ¡Qué labios aquéllos, aunque húmedos y finos, pálidos, y, en la apariencia, yertos; y aquellos dientes menudos, blancos, cual si fueran tallados en una pieza de porcelana, y no nacidos uno á uno... y la voz, cadenciosa y hombruna, que, por una fascinación ejercida por este conjunto de singularidades plásticas, más me parecía efecto inmediato de la luz de los ojos, que formada al modo de todas las voces humanas!...

Pero estatua ó no, la hija de don Augusto Valenzuela había llegado ya á un grado de morbidez tan simpático, que se estaba uno á su lado muy á gusto. Ni ¿cómo era posible que yo, que la había conocido un año antes

tan angulosa y enfermiza en la Montaña, contemplara las ronchas que le hacían los guantes en las rollizas muñecas, la redondez de su cuello y turgencia de sus hombros, mal velados por la transparente gasa de su ondulante y parlero camisolín, sin un sentimiento, cuando menos, de lícita vanidad, por ser hijo de la *tierruca* cuyos aires tales maravillas habían obrado en tan poco tiempo?

Creo que hablamos algo de ella, es decir, de mi tierra; pero ni una palabra de mis empresas literarias. Ó no las conocía Clara, ó las estimaba en poco: de todas maneras, no era la omisión para envanecerme. Después bailamos juntos; y cuando descansaba de la fatiga del wals apoyándose en mi brazo, un poquillo jadeante y con un amago de sonrisa y una mirada rápida me explicaba la razón de su lícito abandono, entrábanme como deseos de decirla: «cánsese usted más, señora, que aquí hay brazo para todo.» Pero me conformaba con admirar otra vez, en conjunto y en detalle, mientras hablábamos de cosas bien distintas, la obra regeneradora y escultural de las brisas de mi pueblo.

Apenas se hubo sentado, llegóse el fachendoso Barrientos á saludarla, y yo me separé de ella.

Mis subsiguientes empresas, aunque no á

todo mi gusto, como tanteo de bríos no me dejaron descontento. Al otro día, que lo era de revista para el periódico, escribí algo de aquella *soirée*. Me consta que la mención fué del gusto de las damas aludidas.

Me animó el éxito del ensayo y lancéme á otros salones: hízose en ellos ancho lugar el ruido de mis lisonjas; prestóme la osadía la travesura que me faltaba, y se colmaron mis ambiciones de ser el rey de la crítica literaria y el primer cronista del mundo elegante. ¡Poder de cuatro dones aparatosos de la madre naturaleza, y de una desfachatez imperturbable!

Entre tanto, el gobierno de los *polacos* nos daba un disgusto cada día, y estaba poniendo en el disparadero la paciencia de la gente liberal. Hablábbase de tropelías, de concusiones, de vandalismos; en fin, de todo linaje de desafueros cometidos por el poder; protestaba la prensa contra la opresión en que vivía, en un manifiesto al público, y eran encarcelados los repartidores y encausados y multados los firmantes; adheríanse á este manifiesto los periodistas y escritores de todas castas; uníanse estrechamente progresistas y moderados, y *manifestábanse* también contra la tiranía del Gobierno...; hasta «la juventud» indignada lanzaba su protesta co-

rrespondiente, pidiendo de paso «espadas; y si no las había, chuzos; y si no, piedras.»

O'Donnell andaba oculto, porque burló la vigilancia de la policía, mientras salían «de cuartel,» á varios puntos del reino, Armero, Concha, Infante... y no sé cuántos generales más; y muchos personajes civiles, unos á la fuerza y otros por precaución, desaparecían de la noche á la mañana; y como se había declarado una guerra á muerte entre el poder y las oposiciones, la palabra «insurrección» se traslucía en la forzada insipidez de los periódicos; oíase clara y terminante en las conversaciones de todos los corrillos, en la calle, en las tertulias y en los cafés... hasta que estalló en Zaragoza en forma de pronunciamiento, en el cual perdió la vida el brigadier Hore que se había puesto al frente de él.

La política, pues, lo absorbía todo en aquellos días vecinos á la primavera; pero la política tumultuosa, candente, convulsiva, oliendo á pólvora y á motín. En esto apareció *El Murciélago*, hoja clandestina que, bajo sobre enlutado, se colaba en todos los bolsillos, y hasta en los regios aposentos de Palacio; en la cual hoja se estampaban en letras de molde cuantas desvergüenzas se murmuraban al oído en las conversaciones re-

servadas. Y aquello fué un volcán, uno de cuyos cráteres más activos era la redacción de *El Clarín de la Patria*, como órgano de la fracción más inquieta y avanzada del progresismo de entonces.

¡Válgame Dios, qué hervidero aquél! El bueno de Redondo daba compasión, con los ojos hundidos, los bigotes erizados, los dedos sucios de tinta; sin comer, sin dormir, sin afeitarse; tan pronto perorando en la mesa de la redacción, como cuchicheando en el gabinete á puertas cerradas, con emisarios y cómplices; á veces escondido, á veces escondiéndose, sobresaltado, nervioso, inapetente... Bujes no cesaba de ir y venir. ¡Y qué gentes solían acompañarle! ¡Y qué cosas referían, y á qué cosas se brindaban! Los redactores, mis subalternos de la administración, los repartidores, todo el mundo hacía algo, servía para algo allí; todo el mundo menos yo, que, en aquellas horas de vértigo, atolondrado y absorto, hasta me olvidaba de que había en el periódico una sección que estaba á mi exclusivo cargo. Pero, en cambio, tenía, como nadie, el don desdichado de apropiarme los gustos, las impresiones y hasta las majaderías de los demás; una propensión funesta á contagiarme de las pasiones que flotaran en el ambiente que yo respirase;

y, al cabo, me contagié de aquella fiebre revolucionaria que consumía á mis compañeros.

Síntomas de ella fué la admiración que comencé á sentir por los hombres que de tal modo se sacrificaban por la libertad de su patria; y Brutos, Catones y Gracos me parecían hasta Bujes y el portero de la redacción. El éxito ruidoso de los manifiestos y periódicos secuestrados por la autoridad, me llenaban de noble envidia; y comparándome yo con los hombres que tales riesgos afrontaban, dábame vergüenza del chisporroteo de mis batallas á alfilerazos con poetas y comediantes, y de los afeminados perfiles que mi pluma consagraba á los fútiles pasatiempos del mundo elegante.

Comencé á discurrir que, no obstante la importancia que mi altísimo *ministerio* (así llamaba yo al oficio) me prestaba entre editores, autores, empresarios, damas encopetadas y galanes á la moda; á pesar del pisto que yo me daba recibiendo, «en testimonio de consideración» y de otros sentimientos, ejemplares de cada libro, de cada comedia, de cada folleto, de cada copla que vomitaban las prensas de imprimir, la plaza de revistero prometía muy poco para en adelante; y el día en que la abandonara, nada me quedaría

que la recordase sino la enemistad de los flagelados, el agradecimiento insulso y platónico de los pocos amigos á quienes había colmado de elogios, y el de las mujeres feas y de los hombres fatuos adulados por las lisonjas de mi pluma. Necesitaba yo, indudablemente, sin renunciar por entero á estos triunfos pacíficos, otros más resonantes y viriles; algo en que ejercitar las fuerzas que me prestaba la atmósfera que me envolvía, y más compatible con las aspiraciones de que me ví henchido de repente. Al logro de estas aspiraciones se caminaba por la sección de política palpitante de *El Clarín*. En busca de este camino enderecé resueltamente mis pasos.

Continuaba la prensa periódica más vigilada y opresa cada día; y, por lo mismo, más empeñados los periodistas en hablar de cuanto les estaba prohibido, que era mucho. De aquí el estudio y los esfuerzos de ingenio que se hacían para decirlo todo sin decir nada, y el hábito de afrontar riesgos muy graves á trueque de satisfacer las propias comezons y la curiosidad del público, ávido de escándalos con qué entretener el desasosiego en que vivía.

Sin dar cuenta á nadie de mis proyectos; bien pertrechado de hojas sueltas y de algu-

nos números de *El Murciélago*; tomando de las unas y de los otros hechos y nombres que yo desconocía, y procacidades y desvergüenzas calumniosas, cuya sola lectura me asustaba, convertílo todo en substancia y compuse con ello, en el silencio y la soledad de algunas noches, un *Cuento oriental* que concluía empalando el pueblo al Visir, hombre infame y tirano que tenía secuestrado al Califá á quien hacía, con viles amaños, encubridor de sus torpes y descomedidas ambiciones. Morían también los eunucos del serrallo y no sé cuántos servidores del alcázar, por desleales á su señor y cómplices del gran Visir en todos sus crímenes abominables. Estaban los lances del cuento rigurosamente ajustados á los sucesos políticos evidentes y á los rumores calumniosos del día, y abundaban las reflexiones satíricas y maleantes y los comentarios insidiosos, para que se fuera leyendo entre renglones lo que no alcanzaran á explicar los hechos descarnados del asunto. Dicho sea sin vanidad, el cuento resultaba no mal perjeñado, bastante entretenido y, á pesar de su tremebundo desenlace, muy risueño. Se le leí á Matica antes que á nadie, y le ponderó muchísimo.

—Parece mentira—me dijo,—que esto lo haya escrito la misma pluma que tanto ha

barbarizado haciendo revistas literarias. Hay que publicarle, suceda lo que suceda.

Después se leyó á claustro pleno en el gabinete de la redacción.

—Aunque me cueste un viaje á Filipinas—exclamó Redondo entusiasmado,—esto se publicará, y en la sección de fondo: mañana mismo. La hoguera necesita más leña, y este solo tizón es un incendio. ¡Á las cajas!

¡Cosa rara! El Argos de la censura previa, que no daba paz á sus cien ojos rebuscando en los impresos delitos que perseguir, fué ciego aquel día con *El Clarín de la Patria*; y sólo cayó en la malicia del cuento después que los repartidores se habían echado á la calle. Entonees comenzó el ojeo de la policía; y con los estruendosos alardes de costumbre, se secuestraron simultáneamente los ejemplares que quedaban en la redacción y los que se arrebataron de las manos de los repartidores. ¡Á buen tiempo! Una gran parte de la tirada se había distribuído ya en Madrid; y con el pretexto de que los suscriptores que no habían recibido el número supieran la causa, *El Clarín* tuvo buen cuidado de referir en un suplemento el suceso, con el mayor número posible de pelos y señales.

Sucedió lo de siempre: el secuestro, y secuestro tan extemporáneo, avivó la curiosi-

dad; buscáronse con avidez los ejemplares repartidos; leyóse el cuento pecaminoso; parecieron sus malicias de doble relieve del que les correspondía; cundió la fama de ellas; creció la curiosidad; y no bastando los ejemplares que existían en el dominio público, hizo-se copiosa edición clandestina del cuento; y de este modo no quedó casa ni café ni taberna ni bolsillo donde no anduviera mi obra, ni boca que no pronunciara el nombre del autor. Porque yo mismo le declaré, «en confianza,» al primero que me preguntó por él, tan pronto como caí en la cuenta de que tanto ruido y matraqueo era un toque á gloria para mí, y lo confirmaron en todas partes, sabiendo que en ello me complacían, Matica y mis compañeros de redacción. Para que nada faltase á mi popularidad, Bujes, entusiasmado, y después de abrazarme conmovido, diómela en los barrios bajos repartiendo las hojas á docenas, descifrando los enigmas de la historia y ensalzando el talento y las cívicas virtudes del autor. Excitaba en la calle la curiosidad de los transeuntes, y me estrechaban la mano gentes que me eran desconocidas.

Yo estaba borracho de felicidad. Sin embargo, no dejaba de conocer que en circunstancias normales no hubiera producido el

cuento tan extraordinario aplauso; que éste era obra de la persecución del Gobierno y del estado de los ánimos. En el embrollado mar de la política, no tienen otros méritos tantos y tantos escritos que después del mío se han hecho muy famosos.

Hasta tal extremo lo fué éste, que llegué á abrigar muy serios temores de que el Gobierno me disipara la embriaguez del triunfo con algún disgusto serio. Lo mismo opinaban mis compañeros y amigos.

En esto recibí una carta de Valenzuela, el cual me llamaba á su despacho para tratar de un asunto que me interesaba. La primera impresión que sentí fué de espanto. Después me tranquilicé considerando que para apoderarse el Gobierno de mí, no necesitaba tenderme un lazo, ni mucho menos valerse para ello de la mano de Valenzuela, en quien no podía concebirse tan ocioso alarde de malicia, por malo y pícaro que fuese.

Consulté el caso, y hubo tres pareceres: que acudiera á la cita; que no acudiera; que me ocultara. Opté resueltamente por lo primero.

¡Qué fino, qué cariñoso... y qué desmejorado hallé al rumbo manchego! Me tendió la mano y hasta me preguntó por mi padre.

—Quiero demostrarle á usted—me dijo,—que soy hombre de palabra, cumpliendo la

que le empeñé aquí mismo, de avisarle tan pronto como pudiera ofrecerle algo que le conviniera.

—Siento muchísimo—respondí humildemente,—que ese testimonio de estimación con que Vucencia me honra, llegue un poco tarde.

—¡Tarde!—exclamó Valenzuela:—¿por qué?

—Porque temiendo morirme de hambre—repuse sin altanería,—en espera de cosa mejor, acepté, apenas cesó Vucencia en el alto cargo que hoy ejerce de nuevo, el empleo que un amigo me proporcionó en la administración de un periódico.

—Algo más que administrarle bien ha sabido el afamado revistero Pedro Sánchez—añadió Valenzuela en tono lisonjero, y, á mi parecer, acordándose más del *Cuento* que de las revistas;—y precisamente porque conozco esas muestras de su buen ingenio y de su gallarda pluma, quiero emplearle á usted de modo que dentro de sus aficiones, trabaje menos y le luzca más. ¿Entiende usted?

—Si Vucencia se sirviera explicarse...

—Ante todo, déjese usted de tratamientos ceremoniosos, amigo Sánchez...

—Como usted guste,—dije siguiéndole el humor.

—Pues quiero—continuó Valenzuela, encareciendo mucho sus palabras con el tono y los ademanes,—darle á usted algo que no sólo valga la pena desde luego, sino que le sirva como de ingreso á más lucida y provechosa carrera. En este concepto, tiene usted á su disposición una plaza de redactor de un periódico que merece todas las simpatías del Gobierno, por estar identificado con su política salvadora. Ya sabe usted lo que esto significa, dicho en este sitio por un hombre como yo.

—No lo ignoro—respondí algo turulado, así por la índole como por lo inesperado de la oferta;—pero le ruego á usted que considere cuáles son las ideas de *El Clarín de la Patria*, y los compromisos de gratitud que tengo con él.

—Esas delicadezas le honran á usted mucho, señor Sánchez; pero han de servirle de muy poco. Los hombres *consecuentes* y los escritores *concienzudos* son los primeros que se mueren de hambre en los tiempos que se usan. Pero, en fin, allá usted. Por lo que á mí hace, atento solamente á lo que puede convenirle, le reitero la oferta. Dígame con entera confianza si la acepta ó no.

Me faltó valor para responder categóricamente lo que sentía, dando por cierto que los

ofrecimientos de Valenzuela descendían por línea directa del éxito ruidoso de mi *Cuento oriental*, y le pedí el plazo de algunas horas para estudiar el asunto con la debida serenidad.

—Tómese usted cuantas necesite,—me respondió secamente, penetrado, sin duda, de mis verdaderas intenciones.

Despedíme con poco más que una fría reverencia, y volé á dar cuenta del suceso á mis amigos, que me aguardaban anhelosos en la redacción.

—No alcanzo—dije, después de referir punto por punto la entrevista,—qué interés puede tener el Gobierno en que yo escriba en su periódico de cámara, cuando cuenta con plumas bastante más diestras en esas lides que la mía.

—Lo que menos le importa al Gobierno—replicó Matica, que se hallaba presente,—es lo que usted pueda escribir en favor suyo: demasiado sabe él que la enfermedad que le está matando no se cura con sahumeros ni con panegíricos, aunque se los haga el mismísimo San Pablo; pero sabe también que el nombre de Pedro Sánchez, desde la publicación del *Cuento oriental*, que es obra suya, anda en todas las bocas que se complacen en decir algo malo de la situación; y que sería

de gran efecto, por lo que desencantaría á las oposiciones, la aparición en todos los periódicos ministeriales de un sueltcito que dijera, sobre poco más ó menos: «Desde hoy figura entre los redactores de *El Mensajero* el joven y afamado escritor don Pedro Sánchez.» Esto, en las actuales circunstancias, equivaldría al paso de un regimiento al enemigo en el momento de comenzarse la batalla. ¿Se entera usted? Pues para eso, para que deserte, le ha llamado á usted el rumbo-so Valenzuela. Conque ¿qué piensa usted contestarle?

—¡Que no!—respondí, muy ofendido de semejante pregunta.

—Pues dígalo usted por escrito—me aconsejó el madrileño con la conformidad de todos los demás,—y no envíe la carta hasta después de hallarse escondido en lugar seguro; porque para usted no hay escape: ó sacrifica á los dioses del poder, ó le envían á las fieras del circo.

La disyuntiva me espantaba; pero era la pura verdad. ¡Esconderme, renunciar á la luz y al aire de la libertad!... Y ¿en dónde? ¿hasta cuándo?

Don Serafín Balduque, que venía preguntando por mí, me halló en estas mentales lamentaciones. Confiéle en secreto la causa de

ellas; y llevándome al rincón más apartado, me dijo al oído:

—Arregle usted sus cosas aquí y en la posada, y deje lo demás de mi cuenta, que yo le prometo encerrarle donde no le huelan los mejores sabuesos de la policía. Después de encerrado, me encargaré también de descubrir el encierro á las personas que usted designe... Pero que sean pocas, porque secretos de muchos...

Convine en ello de muy buena gana; y quedando con don Serafín en que volviera á buscarme después de anohecido, le pregunté:

—Y usted ¿para qué me buscaba?

—Á la noche se lo contaré á usted más despacio,—díjome, y salió de la redacción como un cohete.

Pasé el resto del día ocupado en los preparativos de mi *viaje*: escribí una carta muy fina á Valenzuela, y se la dí á mis compañeros con encargo de que no la enviaran á su destino hasta el día siguiente. Después de anohecido volvió don Serafín; despedíme de todos, y salí con él.

—¿Adónde me lleva usted?—le dije en la calle.

—Á mi casa—me respondió muy ufano.—¿Dónde más seguro ni mejor cuidado había de hallarse usted, calabaza?



XXIII

No tuvimos necesidad de llamar á la puerta; pues Carmen, que nos esperaba detrás de ella vigilante, nos la abrió tan pronto como oyó el ruido de nuestros pasos. Asaltóme al entrar el recuerdo de la primera vez que había visto yo á la hija de don Serafín en aquel mismo pasadizo. ¡Con qué respeto, con qué ruborosa admiración á su belleza, con qué cortedad de lugareño la tendí la mano entonces! Pero en esta otra ocasión, después de lo que yo había aprendido en la escuela del *chico* y del *gran mundo*; de haberme acostumbrado al trato de tantas y tan diversas gentes; después de haber ejercido durante un año una verdadera dictadura en la república de las letras, y, sobre todo, con la aureola que me daba la persecución del Gobierno por la publicación de una obra cuya resonancia había hecho de mi nombre una bandera en la cor-

te de las Españas, donde tantos hombres de altísimo valer viven oscuros y desconocidos, ¡qué grande me ví en la pequeñez de aquella morada, y con qué aires de protector me digné tutear á Carmen, mientras tomaba sus dos manos entre las mías y las contemplaba risueño y bondadoso desde la altura de mi grandeza!

Creo que no la desagradó aquella muestra de paternal confianza. Desde que me hice publicista, noté yo en ella, las pocas veces que nos vimos, ciertas señales de admiración á mi talento. No es de extrañar que la admiración llegara al asombro en aquellos días en que tanto ruido hacía mi nombre.

Condujéronme padre é hija al gabinetito de la sala, que habían destinado para mí, y noté bien pronto que á expensas de aquélla estaba muy bien provisto de muebles. Sobre una mesita con tapete encarnado, en el centro de la estancia, había recado de escribir, con abundancia de papel blanco, algunos libros y los últimos números de *El Clarín de la Patria*. Ví en todo ello la delicada previsión de Carmen, y le dí las gracias con una mirada de grande hombre reconocido. ¡Sabe Dios en qué apreturas y estrecheces se habría metido aquella pobre familia para proveerme á mí de todo lo necesario!

Cuando nos quedamos solos en el gabinete don Serafín y yo, dije á éste:

—Antes de tomar posesión de este placentero refugio que usted me ha proporcionado, necesito decirle que sólo le acepto con la condición de que, mientras en él me halle, ha de correr de mi cuenta el gasto diario de la casa. De otro modo, ahora mismo me largo...

Hubo tras esto una porfía que no refiero porque se presume fácilmente, y quedó este punto arreglado del mejor modo posible.

—Ahora—añadí,—dígame usted qué me quería esta mañana cuando fué á buscarme á la redacción.

Nublósele la faz á Balduque, se rascó la cabeza, se atusó el crespo bigote con toda la mano y me respondió al fin, mustio y desalentado:

—Pues le quería á usted... ¡Qué calabazal no sé á punto fijo para qué le quería. Por de pronto, para desahogarme un poco en la confianza de su buena amistad; después, para decirle: aquí está un hombre que no teme riesgos ni peligros; un hombre dispuesto á todo con tal de ganar honradamente... lo que gana el portero de la redacción... Porque ha de saber usted que estoy tres días hace sin el empleillo particular que desempeñaba. El usurero judío que me le dió, casi á regaña-

dientes, dice que se basta y se sobra para desempeñarle, por la cama y la comida, un sobrinazo que le ha llegado, no sé de dónde; y me ha plantado en la calle. ¡Y en qué ocasión!... días después de haber levantado mi compadre su tienda de ultramarinos, y marchádose para siempre con su mujer al último rincón de Galicia. Por ahora no me apura la situación, porque hay algunos ahorrillos, á fuerza de economía, y estas mujeres ganan todo lo que necesitamos; pero pueden enfermar; puede llegar el día en que yo no las consienta trabajar tanto; puede... ¡Qué sé yo, calabaza!... Mire usted, señor don Pedro: de un tiempo acá ¡me entran unas aprensiones, unos temores... y unas murrias!... Me falta aquella fe que yo tenía antes para esperar la reposición en cuanto llegaba la cesantía. Últimamente he dado en verlo todo obscuro, en desconfiar del mañana y de los hombres... hasta de mis propias fuerzas. Y esto debe consistir en que, á mis años y con mi mala suerte, la menor contrariedad parece el fin de la vida... ¡Ahora se está armando una gorda, y se armará como Dios está en los cielos! No son tiempos éstos de pensar un hombre como yo en que le hagan justicia los mismos que le agraviaron... Llegará el día de reventar, y esto reventará... ¡vaya usted á saber por dón-

de, calabaza! De modo que negro el presente, obscuro el porvenir... Porque ríase usted, señor don Pedro, de toda esta vocinglería patriotera que se oye por todas partes; eso de moralidad, honra, justicia, economías y libertad, lo he oído yo gritar veinte veces en otras tantas vísperas de pronunciamiento: de buena fe si usted quiere y con igual entusiasmo que ahora; pero al día siguiente, después de ganar la partida, ¡música celestial!: lo mismo que los otros, punto más, punto menos. Lo mejor, para los atrevidos; y los desechados, á gritar contra ellos á la plaza... Ya lo verá usted. Por de pronto, bueno es que se arme algo, porque así no se puede estar; pero... Hablemos de otra cosa. Ésta es su cárcel de usted, y todos los carceleros estamos á su disposición con alma y vida... Duerma usted, pues, con entera tranquilidad, que mucha fuerza ha de mandar la desgracia para que le descubran aquí los polacos. Por de pronto, nadie le persigue todavía; quizá no se le persiga nunca, ¡y ojalá que tal suceda! Pero si no sucediese, considere usted que otros pájaros más gordos andan más á la vista, y aún no han dado con ellos los polizontes... Y ahora, dígame á quiénes he de enterar mañana del paradero de usted, y cuanto se le ocurra para el mundo de los vivos; porque, hoy por hoy,

téngase usted por muerto, si no prefiere que le maten los polacos á disgustos; y entienda que entre ese mundo y usted, no ha de haber otro medio de comunicación que yo.

Hablamos, en efecto, de este particular que, por interesarme muy de cerca, hizo que me olvidara de la tribulación de don Serafín; después, por exigencia mía, entró Carmen con su labor en el gabinete; y en muy agradable tertulia los tres, se acercó la hora de recogerme.

Al otro día tuve un despertar mediano. Limpia y cómoda era mi cárcel; monísima y dulce como una tórtola la carcelera; pero, al cabo, yo no era libre; y tras de no serlo, no estaba seguro de que á la hora menos pensada no me arrojara la suerte en una cárcel verdadera. ¿Cuánto duraría aquella situación? ¿Cómo se resolvería? ¿Qué sería de mí si la conspiración fracasaba y el Gobierno se afirmaba con el triunfo, y teníamos polacos para todo el año?

No quise echar mis pensamientos por este lado, y me arrojé de la cama. Una hora después me servía Carmen el chocolate en la mesita del gabinete.

—En verdad—la dije,—que muchos trocaran su libertad por mi cautiverio, si supieran qué carcelerita me sirve á la mesa.

—¿Chicoleos otra vez?—respondió Carmen con burlona sonrisa.

Acordéme de los de la noche de marras, y convine con la hija de don Serafín en que la había dicho una majadería.

—Le prometo á usted la enmienda—añadí,—si me perdona el pecado.

—Anoche me tuteaba usted,—me respondió.

—Otra majadería quizá,—repuse.

—No lo entendí yo así.

—¿Prefiere usted que siga tuteándola? En este caso, ha de ser á condición de que usted me tutee también.

—No es lo mismo,—dijo Carmen poniéndose más encendida que la grana.

—¿Por qué no es lo mismo? Si yo peinara canas, ó fuera un hombre de esos cuya sombra es un amparo... cuyo nombre inspira respeto; cuyo...

Esperaba yo que Carmen me atajara diciéndome: «cabalmente porque usted es de esos hombres;» pero no me atajó así, sino que dió media vuelta, y con una sonrisita muy mona, se fué, después de decirme, aludiendo al chocolate:

—Que aproveche.

Aquella mañana supieron mis compañeros de redacción y Matica el lugar de mi refugio;

y recibí, con las precauciones convenidas la víspera entre nosotros, equipaje y libros. Según don Serafín, las cosas marchaban viento en popa; tanto, que Matica, aunque muy entrado ya junio, se quedaba en Madrid en espera de los acontecimientos que se preparaban; mi carta á Valenzuela había sido llevada á su destino, y el Gobierno buscaba sin descanso el escondrijo de O'Donnell, alma de la conspiración; pero no daba con él... Casi lo mismo que yo sabía antes de esconderme.

Después leí durante una hora; almorcé «en familia;» me paseé á lo largo de la sala y á lo ancho del gabinete hablando al mismo tiempo con Carmen, que cosía sin cesar, ó con su padre, que entraba y salía, ó con Quica cuando llegó á ayudar á Carmen. Luégo, vuelta á leer otro rato y á pasearme en seguida... hasta que volvió de la calle don Serafín con cuatro noticiones absurdos y una noticia comprobada: la de que me andaba buscando la policía. Esto me hizo poquísima gracia, y noté que Carmen se inmutó al oírlo. Mostré una tranquilidad que no tenía, y á las seis comimos. Después de comer, lo mismo que la noche anterior.

Con ligerísimas variantes, ésta fué mi vida durante dos semanas. Mi padre, aunque sin

saber todo lo que me pasaba, me escribía con sobre á Matica, y yo le escribía á él por conducto del cura del lugar: cuatro palabras secas para darnos mutuamente fe de vida: no estaban los tiempos para otros lujos.

Por fin se rompió la monótona regularidad de aquel vivir, el antepenúltimo día del mes. Volvió de la calle, á la hora de almorzar, don Serafín, cubierto de sudor y acelerado.

—¡Se armó la gorda!—dijo, arrojando el sombrero, y arrojándose él mismo después encima del sofá.

Quedéme boquiabierto; y Balduque me refirió lo siguiente en voz baja y anhelosa:

—Esta madrugada se ha pronunciado el general Dulce, director de Caballería, al frente de toda la que había en Madrid, más un batallón de infantería... Han dado el grito en el Campo de Guardias, donde se les ha unido O'Donnell para ponerse al frente del movimiento. Se cuenta con tropas de Toledo; toda la guarnición de Alcalá... ¡qué sé yo! y con el mismo demonio que se ha desencadenado para acabar con la infame polaquería. El Gobierno está aturdido, y no deja ni respirar á los sospechosos... ¡Ah! se me olvidaba: Redondo está en el Saladero con Sixto Cámara, Rivero y no sé quiénes más. Las gentes hor-

migean en las calles, y comienza el conde de Quinto á publicar cada bando que asusta. En la redacción de *El Clarín* no he hallado más que al conserje... Se teme el alzamiento del pueblo; pero hasta ahora no se menea... De todos modos, la cosa es formidable, y el Gobierno está en capilla.

Pasé el día entre emociones, procurándomelas don Serafín con las noticias que me traía de vez en cuando, de sucesos que no se acentuaban todo lo que yo deseaba.

Al siguiente supe que *El Clarín*, como todos los demás periódicos que, tras de hablar algo fuerte en favor del pronunciamiento, no reprodujeron los decretos de la *Gaceta* deshonrando á los generales pronunciados, había sido suprimido por una orden de la autoridad militar. El 3o por la noche me espantó Balduque refiriéndome los horrores que se contaban del encuentro de las fuerzas insurrectas con las del general Lara en los campos de Vicálvaro, á las puertas, como quien dice, de Madrid, desde cuyos tejados distinguieron muchos curiosos, ó lo soñaron, el movimiento, y hasta oyeron el ruido de la batalla.

—¿Y en qué paró?—pregunté anheloso á don Serafín.

—Según el Gobierno—respondióme Baldu-

que,—en que huyen á la desbandada y derrotados, los *otros*; y según los partidarios de éstos, en que las fuerzas de Lara se han refugiado en Madrid, acosadas por las tropas de O'Donnell hasta la puerta de Alcalá. No; y correr, bien corría calle abajo Vista-Hermosa, con un tropel de soldados que yo ví entrar al anoecer.

—Y el pueblo soberano ¿qué hace en presencia de esas cosas?

—Enterarse de ellas achantadito... Él sabrá la causa; porque agallas no deben de faltarle.

—Pues que las guarde para mejor ocasión,—dije, desconfiando de las supuestas agallas y comenzando á sentir el desaliento, que llegó á su colmo al saber al otro día que las tropas sublevadas tomaban el camino de la Mancha, en busca de la frontera de Portugal.

¡Dios mío! ¡cómo se me desvaneció entonces de repente todo el humo de la cabeza! ¡Yo político; yo revolucionario; yo autor de un escrito sedicioso, tejido tal vez de calumnias alevosas; yo perseguido por la policia; yo escondido como un criminal; yo expuesto á no poder andar sobre el suelo de mi patria á la luz del sol, como los hombres honrados! Y ¿por qué todas estas cosas? Por un falso y repentino entusiasmo, como el que anima al comediante cuando representa un papel que

le han escrito, debajo de unos hábitos que no son los suyos, y delante de unas gentes á quienes no conoce. ¿Estaba yo seguro de que fuera cierto todo cuanto se decía del Gobierno que mandaba? ¿Serían más honrados los otros, puestos en las mismas condiciones? ¿No habría siquiera un poco de pasión de partido, algo de furor de secta, de deseos de lucro, de ambiciones de mando, de apego á los destinos públicos, en la mayor parte de los que le difamaban y le escarnecían y se levantaban en armas contra él? ¿No habría, entre tantos ardentísimos patriotas, algunos centenares de inocentes como yo, cuyos gritos de jadeante! fueran arrancados por el ansia de hallar una salida, después de haberse cortado incautamente ellos mismos la retirada?... Porque yo no cesaba entonces de pedir al cielo el triunfo de los pronunciados; y juro á Dios que sólo lo hacía por el deseo que me hormigueaba de andar libre por la calle, como el último de los barrenderos de la villa. ¡Y don Serafín, por todo consuelo, me traía los partes que publicaba el Gobierno, «para satisfacción del leal vecindario,» dando cuenta á éste de las ventajas alcanzadas por la división persecuidora, de Blaser, sobre los perseguidos, los cuales, á creer al ministro interino de la Guerra, sólo esperaban, para pre-

sentarse en Madrid como rebaños de corderos, á que la Reina les perdonase la calaverada! Verdad que al mismo tiempo me traía noticias muy al contrario, que le daban para mí los redactores de *El Clarín*, iniciados en los asuntos de la revolución; pero ¡estaban tan desacreditadas las ponderaciones de la gente revolucionaria!...

Notaba Carmen éstos mis desalientos, y me dijo una vez:

—¡Qué pesada se le va haciendo á usted la cárcel!

—Bien sabe Dios—respondí,—que no es por culpa de sus guardianes.

—No lo será—replicó ella;—pero tampoco consiguen, por más que lo intentan, hacerle á usted llevadera la prisión.

—Pues ¿qué sería de mí—exclamé tomando entre mis manos una de las lindísimas de Carmen,—en tantos días de forzoso encierro, sin los cuidados que me consagra y los consuelos que me da y la luz que esparce en su derredor mi hermosa carcelera?

Una leve tinta ruborosa en sus mejillas fué la única respuesta que me dió. De pronto, retiró su mano, y preguntóme, tras un suspiro muy hondo:

—¿Usted sabe qué le pasa á mi padre?... ¿Ha hablado algo con usted?

—¿De qué, hija mía?—preguntéle yo á ella con mucha curiosidad.

—¡Qué sé yo!...—me dijo.—Hace tiempo, muchos meses, que no es lo que era. Anda caviloso... á lo mejor habla solo; apenas come, duerme muy mal... Cuando me ve, disimula, y hasta quiere bromearse como antes; pero más se le conoce así... Desde que perdió el empleillo particular y se marcharon á su pueblo mis padrinos, se han agravado tanto en él estas cosas, que á veces me da miedo... Cuando le pregunto algo, se ríe de lo que él llama «mis aprensiones...» Puede que tenga razón; pero antes no era así... Como ustedes hablan tan á menudo á solas, podía haber sido más franco con usted que conmigo.

—¡Bah!—exclamé, riéndome también de las aprensiones de Carmen,—¡no sea usted niña! ¿Qué me ha de haber contado su padre de usted? Es un manojo de nervios, y ahora le da por ahí.

Y no hablamos más, porque el tal, con un ruidoso taconeo, apareció en la sala diciéndome con gran encarecimiento:

—¡El brigadier Buceta, al frente de mucha tropa y mucho paisanaje, ha entrado en Cuenca!

—¿Y qué hacemos en Madrid en vista de

ello?—preguntéle, siguiendo el hilo de una aprensión que se me había metido entre los cascos.

—Pues... achantaditos hasta que se presente la ocasión.

Pocos días después:

—¡Valladolid está en armas!

—¿Y el enano?—pregunté muy serio á don Serafín.

—¿Qué enano?—preguntóme á su vez éste, con asombro.

—El de la venta.

—No sé una palabra,—respondió Balduque con un candor angelical.

Echéme á reír de todas veras, aunque me estaban llevando los demonios de coraje.

Al día siguiente, lunes 17 por la mañana: don Serafín entrando desahogado:

—¡Zaragoza!... ¡Barcelona!...

—¡Y nosotros—dije yo,—ni por esas!

—Dicen—añadió don Serafín,—que el elemento militar ha desvirtuado la revolución; que no es el interés del pueblo lo que ha sacado á las tropas de los cuarteles...

—Cuatro días hace que me trajo usted un ejemplar del manifiesto de Manzanares, en el que se demuestra todo lo contrario.

—Hombre, sus razones habrá para no moverse; porque agallas no faltan.

El mismo día, al anochecer: Balduque entrando:

—¡Ahora sí que va de veras! Ya podemos gritar á voz en cuello: ¡mueran los tunantes! ¡mueran los ladrones!... Choque usted esos cinco. Desde esta mañana está el ministerio boca abajo. ¡Y el pobre pueblo, sin saber nada!... De modo que en cuanto lo ha oido al salir de los toros, ¡buf! ¡no le cabe en las calles! y grita que se las pela; y ha mandado que repiquen todas las parroquias; y pide las cabezas de los ministros, y la de...

—Pero ¿qué otro Gobierno se ha nombrado?—pregunté con ansia.

—Ninguno. Dicen si Córdoba está encargado de formarle; pero ó no quiere, ó no halla el modo, porque en este momento no hay más Gobierno en Madrid que la gente que grita por las calles.

—¿Es decir que yo soy libre de andar por donde se me antoje?

—¡Claro que sí, calabaza!

No quise saber más. Me vestí precipitadamente.

—Si no vengo á una hora regular—dije á toda la gente de la casa que me contemplaba atónita,—no me esperen. Conque hasta luego, ó hasta mañana.

Don Serafín trataba de acompañarme.

—De ningún modo—le dije.—No son estos lances para dejar solas á dos mujeres. Vea usted, las pobrecillas, qué miedo tienen.

Carmen estaba pálida, y Quica tiritando y comenzando á hacer pucheros. Los abracé á todos, y salí como potro desbocado.

